

FIEL HASTA LA MUERTE



Ilustraciones: Eman A.

Copyright © La Familia Internacional, 2024

Ser ciudadano romano era un gran privilegio en la época en que el gran Imperio Romano regía el mundo y sus legiones marchaban y conquistaban una nación tras otra con rápidas victorias. Habían transcurrido 270 años luego de que Jesús, un humilde carpintero de Nazaret fuera ejecutado cruelmente -tras ser condenado por las autoridades romanas a instancias de los escribas y los fariseos-. No obstante, murió para salvar a la humanidad del pecado. Sus enemigos pensaron que al matarlo sofocarían el fervor de los seguidores del Hombre que se llamó a sí mismo el Hijo de Dios. Sin embargo, con el paso de los años, aumentó el número de sus seguidores, y se volvieron cada vez más valerosos al testificar con diligencia y proclamar al mundo el Evangelio del Salvador que había resucitado.

Para protegerse de aquellos que les pudieran hacer daño, la iglesia de Roma tenía que vivir en secreto. En las épocas de persecución se refugiaban en cuevas subterráneas conocidas como catacumbas, las cuales eran una amplia red de pasajes y cuartos que había debajo de la ciudad. En épocas antiguas, los romanos habían utilizado aquellos lugares como tumbas para sus muertos y se los consideraba sagrados; ya no se utilizaban y estaba prohibido entrar en las catacumbas. Así la iglesia sobrevivió; y pese a aquellas dificultades, su fe en Cristo aumentó.

Aunque eran precavidos, algunos fueron arrestados por los romanos. Sin embargo, siguieron siendo valientes e intrépidos. Fueron cruelmente torturados, lanzados a los leones y muertos en la hoguera. Sin embargo, para asombro de sus captores, aquellos cristianos se regocijaban de ser tenidos por dignos de sufrir por el Nombre de Jesús; a menudo hasta cantaban como si el dolor no tuviera poder sobre ellos.

Esta es la historia de uno de aquellos cristianos, un hombre que se atrevió a desafiar a las autoridades desde su día, a plantarse firme por la verdad que había encontrado. Fue fiel, incluso hasta la muerte, y ¡recibió una corona de vida por la tarea que hizo y por hacer su parte en el grandioso plan de Dios!



En las cortes del Cielo, el poderoso arcángel Gabriel se acercó al Rey de reyes para tratar un asunto de gran importancia.

-Majestad, el emperador romano nuevamente ha intensificado la

persecución contra Sus seguidores; envía a cientos de ellos a morir en la arena.

-Lo sé -respondió Jesús con tono de preocupación-. Me duele ver sufrir a los que me aman. Sin embargo, no será en vano, pues aquellos que han dado la vida por Mí serán recordados por la gente de la Tierra. El testimonio que darán en su muerte valdrá más que mil palabras que predicaban en vida, ¡Yo me encargaré de eso! No obstante, he oído el clamor de Mi pueblo y los ayudaré... ¡Gabriel!

-¿Sí, Mi Señor?

Entonces Jesús dijo:

-Mi pueblo es tratado con crueldad por romanos. Ha llegado a Mí el clamor de ellos, que piden ser liberados. Tengo un plan, una misión para Alejandro Romelius, un respetado noble de Roma y uno de Mis queridos hijos. ¡Lo he elegido para que ayude a llevar a cabo Mi plan!



En la casa de Alejandro, el noble estaba sentado con sus amigos. Hablaban animadamente, comían y bebían a sus anchas. Alejandro estaba sentado en una esquina del salón, recostado sobre su cómodo asiento. Uno de sus amigos, alegre por el vino, propuso un brindis en su honor.

-¡Salud por Alejandro y por su bienvenido regreso de Gaul!

Alejandro sonrió y alzó su copa junto con sus amigos y luego habló con orgullo:

-Y por los dioses, ¡qué bueno es estar de vuelta en Roma! ¡Lo pasé bien en Gaul, pero jamás se podrá comparar con el hogar, dulce hogar!

-¡Cuéntanos, Alejandro! ¿Qué hiciste todo ese tiempo entre esos bárbaros?

-Ah, principalmente negocios. Ahora que esos ignorantes han dejado de hacer revueltas, gracias a la presencia de nuestras buenas legiones romanas, se han podido llevar a cabo algunos buenos negocios. ¡Debo decir, amigos, que ser romano en las actuales circunstancias es una gran ventaja!

-¡Así es! -contestó su amigo-. ¡Nuestros ejércitos son invencibles! -a lo cual el resto del grupo asintió con la cabeza-. ¡Y no solo eso, tenemos las mejores festividades y los mejores juegos! Ah... a propósito, ¿ya te enteraste de lo que va a ocurrir este fin de semana en la arena? ¡Una gran cantidad de cristianos será lanzada a los leones! En tu ausencia Diocleciano firmó un edicto en el que declaró que a los cristianos se les debe dar muerte por negarse a adorar al emperador y a los dioses de Roma.

-¿En serio? -exclamó Alejandro asombrado.

-¡Todavía no lo puedo creer! -prosiguió su amigo-. ¡Esos cristianos están dispuestos a morir en vez de negar su creencia en un carpintero muerto! ¡Creen que su Dios es más poderoso que el emperador! ¡Que viva el emperador! ¡Viva Diocleciano! -dicho eso el hombre alzó su copa para brindar y la vació casi de inmediato antes de proseguir-. Bueno, es obvio cuál de los dioses es más poderoso. Mientras son lanzados a los leones, ¡nosotros seguimos prosperando! ¡Pero al menos tendremos un buen espectáculo!



Las horas fueron pasando. Finalmente, ya cansados y borrachos los amigos se fueron a sus casas. Alejandro cerró la puerta tras de despedir al último, y soltó un suspiro de alivio.

-¡Gracias a Dios que terminó!

Al salir a caminar por el jardín y observar las estrellas sintió que le sobrevénía una cierta desazón. Ahora que estaba solo parecía otro hombre. No tenía esa fachada alegre y despreocupada que ponía cada vez que estaba con sus amigos. Estaba quieto y pensativo, su mente parecía envuelta en lejanas memorias.

La verdad era que el propio Alejandro era cristiano, aunque sus amigos romanos no lo sabían. No pudo evitar pensar en aquel día de hacía ya mucho tiempo cuando conoció por primera vez a los cristianos.

-Aemelius, me duele la cabeza y deseo salir de la casa por un rato. Tal vez la fresca brisa matutina me haga bien. Si alguien me viene a buscar díganle que vuelvo pronto.

Aquella mañana Alejandro llevaba despierto poco rato. Había estado

trabajando en un asunto inconcluso, pero por algún motivo no se podía concentrar. Sintió un fuerte deseo de salir a caminar. Enrolló los manuscritos que había en su escritorio, se puso sobre los hombros un manto y pronto estaba afuera caminando por el camino que llevaba de su casa a la ciudad que quedaba a poca distancia. Las aves cantaban alegremente, los árboles se balanceaban en el viento con gracilidad y el sol brillaba con intensidad en un hermoso cielo azul. En las laderas de las colinas había bellas flores de todo color, forma y tamaño. Sin embargo, Alejandro ni siquiera notaba la belleza que había a su alrededor.

Mientras avanzaba y pasaba de un sendero a otro, pensaba en la existencia vacía que llevaba. De más joven había tenido muchos ideales y sueños; no obstante, ahora la vida no parecía tener mayor sentido para él.

Al oír pasos que venían en dirección a él levantó la vista y se encontró con una belleza como nunca había visto. Delante de él había una mujer joven, vestida con sencillez; el cabello le caía en forma de cascada por los hombros y su rostro resplandecía como una estrella en la noche. Pese a ello, lo que más le llamó la atención fueron sus ojos, los cuales emanaban una belleza y una luz de otro mundo. Alejandro jamás había visto algo semejante.

Armándose de su encanto varonil, se acercó a ella y la saludó, y cuando ella respondió con su voz delicada y amorosa a las pocas palabras que él logró decir tartamudeando, Alejandro vio que su belleza iba más allá de su apariencia. Mirándola a los ojos le dijo:

-Permítame presentarme. Soy Alejandro Romelius. Soy un noble. Me crié en los palacios de los ricos y desde que nací he viajado -por los dioses- y he visto todas las bellezas conocidas por el hombre. Sin embargo, en mi vida había visto una belleza semejante a la que tengo frente a mis ojos. En verdad, el encanto que veo es tan precioso como un diamante, más hermoso que una perla, y el brillo que hay en tus ojos es más intenso que el que pudiera ostentar una piedra preciosa.

Mirándolo directamente a los ojos, ella sonrió y dijo:

-Gracias, pero debo decirle que la luz que ve en mis ojos no es mía; ¡es la luz de Jesús que brilla en mí!

-¿Jesús? -repitió Alejandro con desconcierto-. ¡Eso me suena a un nombre judío! Dime, ¿a qué te refieres con eso de Jesús en ti?

Feliz por la oportunidad de testificar del amor de Cristo, empezó a decir:

-Me llamo Nina. Crecí como ciudadana romana. Llevé una vida feliz y sin problemas; al menos eso pensaba. Las fiestas y los juegos formaban parte de mi vida diaria. Y aunque no me faltaba nada, no tenía verdadera felicidad ni amor.

»Entonces, un día oí hablar de un hombre llamado Jesucristo, Quien murió para que tengamos vida eterna. Él llegó a mi vida y llenó el vacío que había en mi interior con Su amor. Ahora mi único deseo es servirle y ser una de Sus seguidoras cristianas.

-¿Cristiana? -preguntó Alejandro con asombro-. ¿Eres cristiana?

Alejandro había oído hablar de los cristianos. Si bien no sabía mucho acerca de sus creencias, sabía que habían caído en desgracia a los ojos de más de un

emperador romano y con frecuencia eran perseguidos por ellos a causa de sus extrañas creencias y discursos.

-Sí, lo soy.

-¿Y por qué querrías desperdiciar tu vida siendo cristiana?

-¿Desperdiciar mi vida? -le contestó Nina-. Jesús entregó Su vida por mí; ¡lo menos que puedo hacer es dar la mía por Él!

-¿Echarías tu vida a perder por un Dios carpintero muerto?

-No está muerto. Acabas de decir que tengo una luz en los ojos que nunca habías visto. ¡Esa luz es Jesús, mi Dios viviente! Él fue crucificado, para que por Su sangre fuéramos librados del pago por nuestros pecados, que es la muerte. Sin embargo, resucitó de los muertos al tercer día y ¡ahora Él vive y promete vida eterna a los que creen en Su Nombre!

-¡No, no puede ser! ¡No puede ser! -exclamó Alejandro mientras se daba la vuelta lentamente y comenzaba a alejarse-. No puede ser así de sencillo.

Nina le aseguró:

-Alejandro, solo cree y conocerás la verdad.

No obstante, Alejandro no estaba dispuesto a escuchar y siguió su camino.

Conforme transcurría el resto del día, por mucho que lo intentara Alejandro no podía olvidar las palabras de Nina: «Solo cree y conocerás la verdad».

Aquella noche no había podido dormir bien. Algo le decía que por fin había hallado la verdad y la paz que buscaba, pero no sabía qué pensar debido a todas las historias que había oído acerca de los cristianos. Pensó: «Quiero esa luz, esa paz. Es cierto; los dioses de Roma nunca me han traído verdadera felicidad. Pero el precio que hay que pagar parece demasiado: significaría renunciar a mis amigos, a mi estilo de vida ¡y a todo aquello en lo que he creído y a lo que he dedicado mi vida! Por otro lado, ninguna de esas cosas jamás me ha brindado satisfacción ni me ha dado la felicidad que vi en los ojos de esa hermosa mujer. Tal vez deba averiguar más acerca de ese Jesús para ver si en verdad me puede ayudar a encontrar la verdad y transformar mi vida. Pero, ¿cómo haré para encontrar a Nina otra vez? Ni siquiera sé dónde vive».

Al comprender que encontrarse nuevamente con Nina sería poco menos que un milagro, Alejandro habló en voz baja:

-Jesús, si estás vivo, como dijo Nina, entonces, por favor, ayúdame a encontrarla de nuevo.

De pronto le sobrevino una paz interior. No se lo explicaba, pero estaba seguro de que su petición le sería concedida.

Al día siguiente, Alejandro fue por los mismos caminos y senderos que había transitado el día anterior. Solo que esta vez le pareció que había entrado a un nuevo mundo, un mundo que hasta entonces no había notado. Todo se veía más hermoso, las flores lucían más coloridas, el canto de las aves era más dulce.

Al llegar al lugar donde había conocido a Nina el día anterior no había



señales de ella por ningún lado. Se le cayó el alma a los pies al mirar en todas las direcciones y ver que no había nadie. Pensó: «Qué tonto que soy al imaginarme que hoy ella estaría aquí. ¿Por qué habré venido a este lugar?»

Alejandro se dio la vuelta para iniciar el camino de regreso a su casa, pero volvió a echar un último vistazo al sendero por donde había visto a Nina caminar con mucha gracia el día anterior. De pronto sus ojos se posaron sobre una figura que descendía por el camino en dirección a él. Le renacieron las esperanzas, mientras se esforzaba por ver si se trataba de Nina; al poco rato se dio cuenta que en efecto era ella.

Se acercó a ella apresuradamente y le dijo:

-Sabía que aquí te encontraría. ¿Qué te hizo venir?

Nina le sonrió y con un brillo en los ojos explicó:

-Jesús me pidió que viniera aquí hoy.

Alejandro la miró profundamente a los ojos antes de añadir:

-Mi alma es como una casa con muchas habitaciones y cada una lleva

un nombre distinto. Una se llama fama y está llena; otra se llama riqueza y también está llena; otra se llama poder, y esa, igualmente, está llena. Sin embargo, las habitaciones de la felicidad y el amor están deshabitadas, vacías; y todo lo que he intentado poner en ellas no encaja. Diríase que tengo un vacío en el corazón. Aunque tengo todo lo que un hombre pudiera desear, anhelo algo más, algo más profundo, algo por que vivir.

Nina se acercó, puso una mano en la de él, y le aseguró:

-Simplemente recibe a Jesús. Él te dará a conocer la verdad. Solo abre tu corazón. Pídele que venga a tu vida; y verás que Él pondrá amor eterno en ese espacio que hay en tu alma. Jesús vendrá y vivirá en tu corazón para siempre. Es verdad que es alto el precio de vivir por Jesús, pero la recompensa es eterna. ¿Crearás y lo aceptarás como tu Dios y Salvador?

-Sí, creo -contestó Alejandro-, recibo a Cristo en mi vida y lo honro como mi Dios.

¡En ese preciso instante los salones del Cielo se llenaron de gritos de alegría y alabanzas mientras los ángeles se regocijaban por otra alma salvada!

Alejandro ni acababa de decir aquellas palabras cuando le sobrevino una sensación de amor y tranquilidad, un gozo como nunca había conocido. Una sonrisa iluminó su rostro mientras alzaba la vista y decía:

-Gracias, Nina. ¡Has traído gozo a mi vida!

-Alejandro, no fui yo -replicó Nina-. ¡Fue Jesús! Él es el único que en realidad puede satisfacer. Ahora que has recibido a Jesús, tu vida no volverá a ser la misma. Puedes tener paz y fe, con la certeza de que Jesús estará siempre contigo. Nunca te dejará ni te desampará. Puedes descansar confiado en que todo lo que te suceda redundará en tu bien, porque tu vida está en manos de Jesús y Él no permitirá que te ocurra nada que de algún modo no se ajuste a Su voluntad. Tampoco podrás volver a vivir de la forma en que lo hacías hasta ahora. Es posible que tus amigos te persigan por la verdad que has encontrado. Sin embargo, si te mantienes firme, nuestro Señor promete que recibirás una corona de vida y vivirás y reinarás con Él para siempre. Los cristianos nos reunimos con frecuencia para fraternizar. Algunos nos reunimos cada tercer día para fortalecernos mutuamente en la fe. Esta noche nos vamos a reunir cerca de aquí. Si deseas, nos podemos encontrar aquí mismo al atardecer y me acompañas.

Aquella noche le presentaron a Alejandro a varios cristianos más; algunos habían abandonado todo lo demás a cambio de lo que consideraban la verdad. Ellos viajaban y predicaban el Evangelio a todo el que los escuchara. Otros sencillamente eran creyentes y daban de sus alimentos y bienes para el sustento de los que viajaban y predicaban. Ciertos nobles romanos también abrazaban la fe cristiana; se valían de sus puestos de autoridad e influencia con el fin de ayudar a sus hermanos cristianos.

Con el paso de las semanas y los meses, aumentó la fe de Alejandro. Pronto se hizo conocido entre los cristianos por ser un hermano con una fe férrea en el Señor.

Alejandro fue despertado de su ensueño por el grito de un búho en la distancia. Ya había pasado un año desde que conoció a Nina y se unió a las filas de los cristianos. Pero en aquel año las cosas habían cambiado mucho. Luego de estar meses en Gaul, la Roma a la que Alejandro volvió era muy distinta a la que había dejado.

Los cristianos eran perseguidos por todo el imperio y matados de las maneras más crueles que alguien podría imaginar. Una familia cristiana tras otra era obligada a salir de su hogar y trasladada a la cárcel.

En Roma, cada vez más cristianos buscaban refugio en la amplia red de catacumbas que había debajo de la ciudad. Pero al cabo de un tiempo hasta las catacumbas dejaron de ser los refugios seguros que solían ser. En su esfuerzo por hacer desaparecer el cristianismo, los romanos dejaron de lado sus supersticiones y comenzaron a llevar a cabo redadas dentro de las catacumbas. Centenares de cristianos eran acorralados y en esos precisos instantes muchos estaban en las cárceles romanas aguardando con inquietud su destino.

Mientras caminaba aún solo en su jardín, Alejandro estaba muy preocupado por la situación. Oró con fervor en busca de una respuesta; las catacumbas habían sido el último refugio de aquellos cristianos y por lo visto pronto ya no tendrían donde ir.

Temprano a la mañana siguiente, Alejandro se dirigió a una de las entradas occidentales de las catacumbas. Llegó a la entrada con antorcha en mano. Aliviado de encontrarla todavía sin guardias, entró con rapidez y desapareció en la oscuridad. Conocía muy bien los pasadizos, pues había ido varias veces con Nina y sus amigos cristianos. Pasó un corredor tras otro. Sin embargo, tal como temía, al llegar a la pequeña habitación capilla, la encontró vacía. Solo había polvo en el lugar donde solía estar el sencillo altar. Aquel lugar no había sido utilizado en meses.

-¡Dios mío! Si he de ayudar a mis hermanos debo hallarlos. Jesús, una vez Tú hiciste que me volviera a encontrar con Nina. Te ruego que me ayudes a encontrarla de nuevo -susurró Alejandro.

Salió de la capilla y miró a su alrededor desesperadamente.

Alejandro se dio la vuelta y comenzó a ir por uno de los corredores. Tomó cuidadosamente nota de la dirección en que iba, pues no quería perderse. Al llegar a un cruce, se quedó inmóvil unos momentos, tratando de decidir qué camino tomar. De pronto, fue como si hubiese sido arrebatado por una inspiración divina.

Dio vuelta a la izquierda resueltamente. Tras pasar un pasadizo tras otro, parecía como si supiera perfectamente hacia dónde se dirigía. Ni siquiera se detuvo a tomar nota de la dirección en la que iba. Siguió aquella fuerza invisible que parecía guiarlo a través de aquellos oscuros pasadizos.

Entonces se detuvo de repente; había oído algo. Contuvo la respiración para escuchar atentamente. Procuraba averiguar de dónde provenía el sonido. Luego lo volvió a oír. Era el sonido inconfundible de cánticos; y provenía del

pasadizo.

El corazón le latía apresuradamente mientras corría por el pasadizo siguiendo el tenue sonido del eco de los cánticos.

-¿Quién anda ahí? -le preguntó de repente una voz.

Alejandro se detuvo en seco y miró a su alrededor. No vio a nadie, pero la voz lo volvió a llamar.

-¿Quién anda ahí?



-Soy Alejandro Romelius. Busco a una mujer cristiana; se llama Nina.

-¿Hermano Alejandro? -preguntó la sorprendida voz. Una figura con capucha salió de la oscuridad y a la luz que producía la antorcha de Alejandro-. ¿Eres tú? ¡Alabado sea el Señor! ¡Te hemos extrañado! ¿Cómo nos encontraste?

Pedro abrazó con afecto a Alejandro. Pedro era un cristiano a quien había conocido bien anteriormente. Alejandro casi no podía contener el gozo que sentía mientras Pedro lo conducía por otro pasadizo y a la vuelta de una esquina. Allí se quedaron de pie, a la entrada de un recinto lleno de gente. Una rudimentaria escalinata hecha de arena conducía a este recinto, el cual resplandecía con la luz titilante de las velas y por los rostros felices y sonrientes de sus amados hermanos y hermanas en el Señor. Cuando la gente se dio la vuelta para ver quién había llegado, de pronto todos miraron a Alejandro.

-¡Alejandro! -exclamó una voz entre la multitud. Una esbelta joven se abrió paso hasta llegar donde estaba él.

-¡Nina! -exclamó mientras bajaba corriendo por la escalinata para saludarla. Una vez juntos se abrazaron. Les corrían lágrimas por las mejillas. Alejandro sentía que por fin se encontraba en casa. Nina estaba sumamente feliz de ver a su querido amigo.



Al poco rato Alejandro se enteró de todo lo que había sucedido durante los meses que estuvo ausente.

-Llevamos meses aquí en la parte sur de las catacumbas y hemos sufrido una intensa persecución. Los romanos han tenido la osadía de enviar a turbas enteras de gente a buscarnos. Así que hemos tenido que proceder con mucho cuidado.

-Así es -añadió Pedro-. Para protegernos nos hemos pasado la mayor parte del tiempo construyendo nuevos ambientes y agrandando las catacumbas, con la esperanza de que los romanos no nos encuentren. Sin embargo, cada día exploran nuevas secciones y, salvo por la protección de Dios, solo es cuestión de tiempo antes de que nos encuentren.

-Creo que Dios me ha dado un plan -dijo Alejandro-, pero debemos actuar enseguida. Los romanos saben que estamos aquí,

y, como bien has dicho, solo es cuestión de tiempo para que descubran este lugar. Pero, ¿por qué no impedimos que ingresen a las catacumbas? Podríamos tapar las entradas conocidas y cavar nuevas entradas secretas, de las que solo nosotros tendríamos conocimiento. Si lo hacemos con cuidado no tendrán manera de encontrarnos.

Y así lo hicieron. Las siguientes semanas se la pasaron juntando rocas, piedras lisas, mezcla y todo lo que les hacía falta para sellar todas las entradas. Hicieron planos de nuevos túneles y pasajes para las entradas secretas. Al llegar la siguiente fiesta romana, ocasión en que Alejandro sabía que todos los romanos festejarían en sus lujosas mansiones y no se preocuparían por los cristianos durante algunos días, salieron y sellaron todas las entradas. Trabajaron día y noche hasta terminar la obra.

También hicieron nuevos recintos y pasadizos. Se llevaron a cabo peligrosas misiones con el fin de traer a otros cristianos a la seguridad de las catacumbas recién construidas a través de las nuevas entradas. Así pues, la Iglesia clandestina no dejó de crecer en la fe y de tamaño.

Al poco tiempo Alejandro y Nina se casaron; juntos ayudaron y fortalecieron a su pequeño grupo de creyentes. Aunque con frecuencia pasaron momentos difíciles, hubo enfermedades y escasez de alimentos, Dios nunca les falló, siempre respondió las oraciones y los sacó adelante. En los momentos que parecían más oscuros, Alejandro siempre se tranquilizó al saber que Dios estaba con ellos y tenía todo bajo control.

Había pasado un año desde que Alejandro había desaparecido de la vida romana para esconderse y ayudar a los que buscaban refugio en las catacumbas y a los muchos creyentes secretos que aún vivían en la ciudad de Roma. A menudo participaba junto con Nina en peligrosas misiones disfrazados de trabajadores comunes. Visitaban a otros cristianos tanto en la ciudad como en los pueblos vecinos, a fin de animarlos y fortalecerlos en la fe en el Señor. Establecieron una relación muy estrecha con muchos cristianos, quienes les tenían un gran cariño.

Una mañana Alejandro y Nina se preparaban para salir en una de dichas misiones. Si bien Alejandro había participado en cientos de misiones, aquella mañana tenía un inquietante presentimiento con relación a esa salida. Sin embargo, sabía que sus hermanos cristianos los necesitaban y los esperaban. Luego de orar con fervor, partieron. Su misión fue tal como la habían planeado y hacia la noche tomaron el camino de regreso a casa.

Pero apenas salieron de la ciudad fueron rodeados por soldados romanos, quienes los arrestaron y los escoltaron hasta la cárcel. Alejandro se enteró de que uno de sus antiguos amigos lo había reconocido y como se ofrecía una buena suma de dinero a cualquier persona que lo encontrara, aquel hombre lo entregó a las autoridades. Alejandro pensó en Jesús y cómo había sido traicionado de la misma manera. Luego recordó una parte de las Escrituras



que había leído en los escritos del apóstol Juan, parafraseando las palabras del rey David: «Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, levantó contra mí su calcañar».

Alejandro y Nina, siendo ambos ciudadanos romanos, sabían que pronto les esperaba un juicio. Se fortalecieron en el Señor repitiendo las Palabras de Jesús que habían memorizado en los últimos años y entonaban alabanzas a Dios.

Al día siguiente el tribunal entró en sesión; con el transcurso de las horas la tensión subía. Una acusación y una mentira distorsionada tras otra se iban levantando en contra de la pareja cristiana. Finalmente el anciano juez se puso de pie, alzó la mano, pidió silencio en el tribunal y dijo:

-Alejandro, ¿cómo te defiendes de estas acusaciones? Tú conoces la ley y las penas por quebrantarla. Es traición desafiar al emperador y adorar a un *Dios muerto*, un apuesto carpintero judío. Por un tiempo fuiste un orgulloso y ambicioso noble de Roma. Tu padre, a quien conocí muy bien, te quiso mucho. Luchamos juntos en nombre del emperador y de los dioses de Roma, para proteger los derechos de nuestro gran imperio. Sin embargo, ¡a pesar de todo lo que Roma te ha dado, has escogido traicionar y humillar a tu propia familia, a tus amigos y a tu patria! Dices servir a un Dios de amor. Bien, estamos preparados para mostrarte amor. Sí. A pesar de lo que has hecho para dañarnos, tendremos misericordia de ti si reniegas de tu fe. Eso es todo lo que

pedimos. No obstante, si rehúsas someterte al emperador, entonces morirás.

Alejandro se puso de pie y miró al juez directamente a los ojos.

-¡No tengo miedo de morir! ¡Mi Dios muerto, como tú lo llamas, es real y está tan vivo que estoy dispuesto a vivir o a morir por Él!

Luego, dirigiéndose a la multitud, añadió:

-Amigos, compatriotas. Fui criado como un noble romano. Viví en casa de ricos y tenía todo lo que cualquiera podría desear. Pese a ello, me sentía vacío interiormente. Todo lo que poseía no me dio felicidad ni verdadero amor. Con el paso de los años, diversos conflictos llenaron mi corazón de dolor; fui semejante a un instrumento sin cuerdas.

«Entonces, un día esta mujer, mi amada esposa, siendo también ciudadana de la poderosa Roma, me habló de Jesús y ¡desde el día en que Jesús entró en mi corazón, mi vida se llenó de sentido, de propósito y de gozo! Me sentí como si hubiera nacido de nuevo, como si mi vida hubiera vuelto a comenzar. Ahora, el nombre de Jesús significa más para mí que todo lo que tuve que renunciar: dinero, fama, amigos, y sí, hasta mi propia vida. En los muchos años que han pasado, he descubierto que la presencia de mi Señor está siempre conmigo y llena cada nuevo día con Su amor. Cuando me llegue la hora de morir, iré a un Hogar que Él ha preparado para mí y sé que habrá valido la pena todo sacrificio y pruebas que haya pasado en el trayecto.

-¡Entonces has pronunciado tu propia sentencia! -gritó el juez-. ¡Vayan, traidores malagradecidos, al encuentro de su Dios, pues mañana morirán! ¡Guardias, llévenselos!

Alejandro estiró el brazo y tomó a Nina de la mano. Luego lenta y tranquilamente se dieron la vuelta y salieron de la sala.

Al día siguiente los llevaron a una prisión que quedaba debajo del coliseo. Estaba oscura y fría. Nerviosa por lo que les aguardaba, Nina se aferró fuertemente de Alejandro. Justo antes del mediodía oyeron pasos por el corredor. Un soldado romano abrió el gran portón que conducía a la prisión; detrás de él venían varios soldados más que escoltaban a un grupo de cerca de cuarenta cristianos, los cuales fueron introducidos en la celda donde estaban Nina y Alejandro. Algunos lloraban y otros se sentaban desalentados en el suelo.

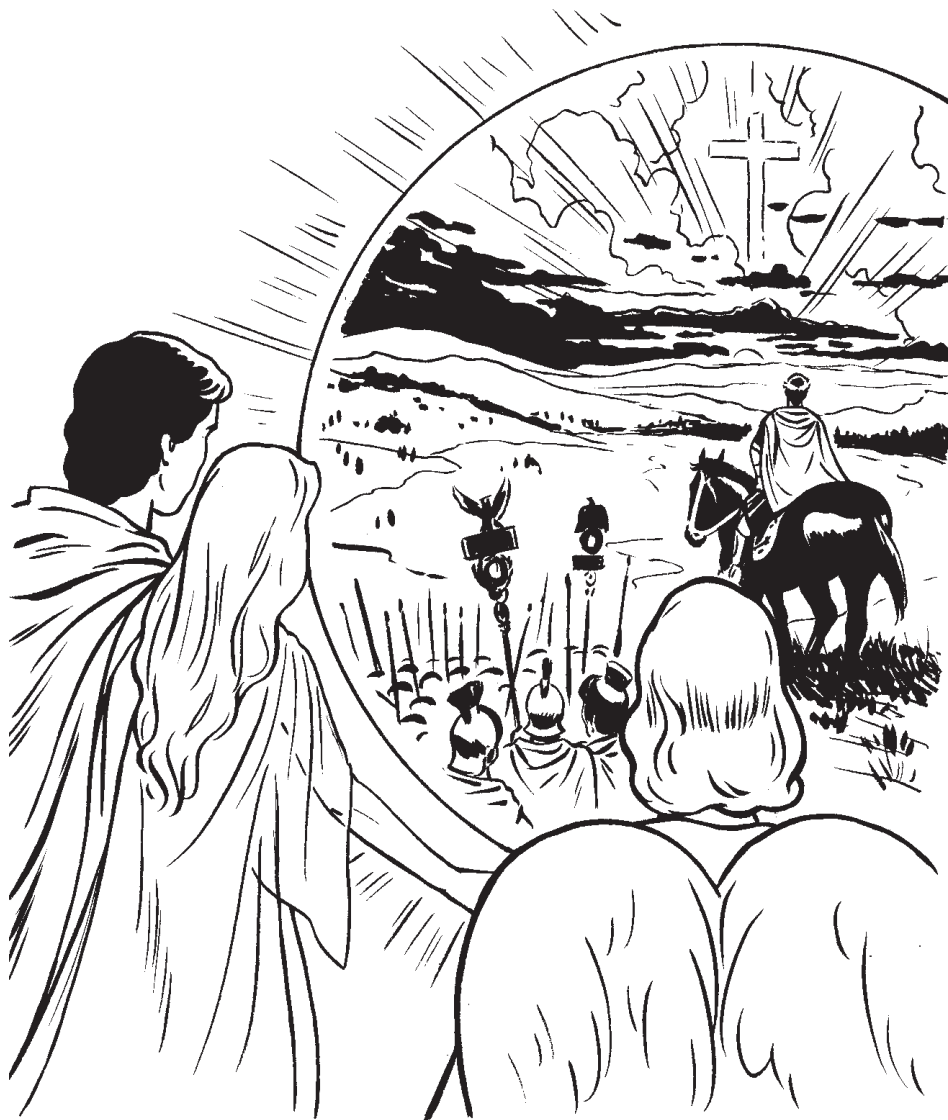
Súbitamente Alejandro y Nina olvidaron todos sus temores. Estaban felices de estar de nuevo en compañía de otros creyentes. Alabaron al Señor por Su bondad. A fin de animar a los demás comenzaron a cantar alabanzas a Dios y pronto los demás cristianos se les unieron. Y así pasaron las horas: cantaron, oraron y alabaron a Dios.

Cuando llegó el momento decisivo, en vez de estar llenos de temor y desesperanza, la banda de cristianos hizo gala de una fe y un valor que provenía del Cielo. Sabían que Dios cuidaría de ellos y que no tenían nada que temer. Condujeron a los cristianos por los oscuros corredores hacia el lugar donde iban a morir. La luz del sol hirió sus ojos al pasar por el último arco que llevaba al arenoso suelo del estadio.

Alejandro miró a su alrededor. Notó que las graderías estaban llenas y

que el emperador también estaba presente. En silencio hizo una oración para pedir fortaleza en esta su última hora. Vio grandes estacas clavadas en el suelo con madera a su alrededor. Sabía lo que aquello significaba: morirían en la hoguera.

Alejandro y Nina fueron los últimos en ser atados. Sucedió que el propio Diocleciano, quien normalmente residía en la lejana ciudad de Nicomedia, estaba en Roma aquel día. Al enterarse de que dos de sus nobles estaban entre los cristianos, él mismo quiso ser testigo de su muerte, de modo que hizo que los ataran cerca de donde él estaba. Cerca de él estaba un joven de



nombre Constantino, el hijo de un poco conocido noble a quien el emperador Diocleciano había ascendido al rango de César*. No podía apartar la vista de la procesión de cristianos que eran llevados como ovejas al matadero. Sin embargo, no había señales de miedo, ni siquiera de desánimo en los ojos de ellos. En vez de eso, aquellos cristianos lucían una paz perfecta, un denuedo silencioso y un valor que llegó al alma de aquel joven e impresionable hombre.

¡De pronto los cristianos prorrumpieron en gloriosos cánticos de alabanzas a Dios que resonaban en las tribunas! El emperador, sorprendido por aquel extraordinario despliegue de valor, ordenó que se encendiera el fuego de inmediato. No obstante, los cánticos se volvieron más altos y los rostros de los cristianos se llenaron de sonrisas mientras morían. Alejandro cantó lleno de gozo como nunca lo había hecho; se dio cuenta de que las llamas ni siquiera le causaban dolor. Cerró los ojos y dijo:

-Jesús, me diste las fuerzas para vivir a Tu servicio, ¡ahora dame las fuerzas para morir por ti!

¡Apenas hubo dicho esas palabras cuando vio una luz brillante que rodeaba el coliseo! Alzó la mirada, vio lo más bello que había visto jamás, ¡se trataba de un ángel! El ser celestial se presentó:

-Me llamo Jasón. ¡Soy tu ángel guardián y he venido para llevarte al Cielo, donde Jesús les ha preparado un lugar a todos ustedes.

Entonces Alejandro alzó los ojos y observó el dulce rostro de su amoroso Salvador. Entonces supo que en verdad todo había valido la pena, y que nada jamás podría compararse con el gozo que ahora sentía mientras se arrodillaba y daba gentilmente las gracias.

Jesús se puso de pie y se les acercó. Colocó Sus manos en los hombros de ellos y dijo:

-Bien hecho, Mis siervos buenos y fieles, ¡entren en el gozo de su Señor!

Unos cuarenta años después, Constantino, destinado a ser el próximo emperador de Roma, con sus legiones que marchaban detrás de él, vio en el cielo, por encima del sol que se ponía, una cruz, y encima de ella las palabras: «CONQUISTA CON ESTE SÍMBOLO». Sorprendido por la visión, se acordó de los cristianos y la forma tan valerosa y victoriosa en que murieron, pues inclusive cantaban, como si la muerte no tuviese poder sobre ellos.

Constantino decidió luchar bajo la bandera de Cristo y ganó la batalla. Una vez convertido en emperador, terminó rápidamente con la persecución de los cristianos y declaró a Roma imperio cristiano, lo cual fue un giro monumental en la historia del cristianismo.

fin

LAS CATACUMBAS

Las catacumbas constituyen una amplia red de túneles subterráneos, comúnmente de 2,5 a 3 metros de ancho y de 1,2 a 1,8 metros de alto. Las más conocidas son las que se extienden por cientos de kilómetros alrededor y debajo de la antigua ciudad de Roma. Estos túneles también se llamaban galerías y corrían en muchas direcciones. Se cruzan y serpentean en muchos niveles, y forman auténticos laberintos. Es probable que la palabra catacumba provenga del latín *ad catacumbas*, que significa «en las profundidades».

El suelo por debajo de Roma consiste de una piedra suave que se llama tufo. En un principio los romanos utilizaron esta red de túneles y cuartos para sepultar a sus difuntos. Sin embargo, con el tiempo la cremación se convirtió en el método favorito para dar sepultura a sus muertos. Aunque las catacumbas cayeron en desuso, de todos modos fueron lugares sagrados protegidos por la ley.

Durante épocas de persecución, cuando los soldados registraban las ciudades y el campo en busca de los cristianos, los creyentes tenían que hallar lugares donde reunirse en secreto. Los cristianos de Roma encontraron lugares ideales en esos pasadizos subterráneos, donde estaban protegidos debido a que los romanos -que eran supersticiosos- tenían miedo a los espíritus de los muertos. Incluso a los que se atrevían a entrar a las catacumbas les costaba encontrar a nadie en el laberinto de túneles.

Los cristianos también emplearon las catacumbas como lugares para dar sepultura a sus muertos. Se confeccionaron nichos en los muros de las galerías, en los que colocaron los cuerpos de sus seres queridos. Los llamaban *koinetaria* (dormitorios). Por lo general, las tumbas de los mártires se situaban en cámaras separadas que servían como altares. Al aumentar el número de cristianos, las tumbas se multiplicaron y acabaron convirtiéndose en galerías que parecían auténticas colmenas. Cuando se agotaba un nivel se excavaba otro, y así se llegó a alcanzar en algún lugar hasta cinco sótanos superpuestos. Muchas de las tumbas de cristianos destacados eran decoradas con pinturas murales que representaban símbolos cristianos, como el pez, el cordero y el ancla, o con ilustraciones de la Biblia, como por ejemplo la alimentación de cinco mil personas.

En el siglo III, la iglesia se encargaba de la administración de las catacumbas, que se empleaban como lugares de sepultura durante la época de paz y como lugares de refugio en época de persecución. Cuando por orden imperial fueron destruidas las iglesias que estaban en la superficie, pequeños grupos de fieles continuaron reuniéndose en las capillas de las catacumbas. Más adelante, cuando la muchedumbre y funcionarios del gobierno empezaron a profanar las catacumbas, los creyentes destruyeron las entradas conocidas y abrieron otras secretas.

Las persecuciones terminaron cuando el emperador romano Constantino el Grande se convirtió al cristianismo en el siglo IV. Las catacumbas, y en especial las tumbas de los mártires, se convirtieron en lugar de peregrinación. Cuando Roma sufrió invasiones bárbaras, las catacumbas fueron rellenadas para evitar profanaciones, las entradas se sellaron y las reliquias de los mártires se llevaron a lugares más seguros. A partir del siglo XVI las catacumbas, que estaban abandonadas, fueron restauradas poco a poco por la Iglesia católica.

Tomado de *Microsoft Encarta 97: God's World His-Story* (historia y geografía de CLE); y *Halley's Bible Handbook*